

SARTRE Y LAS MUJERES

Según confiesa el propio Sartre, hace por lo menos sesenta y siete años que las mujeres "ocupan el centro de sus pensamientos". Y añade el filósofo: "Sin duda he pensado en ellas más que en ninguna otra cosa. Incluso cuando pienso en temas que no tienen relación directa con las mujeres, estoy en el fondo pensando en ellas". Nunca había expresado Sartre de forma tan clara y definida su predilección por el "segundo sexo" como en la entrevista concedida precisamente a una mujer, Catherine Chaine. Nunca había evocado con tanta espontaneidad —desde las "novias" de su niñez hasta su gran compañera Simone de Beauvoir, pasando por los "amores contingentes"— a esos seres del sexo opuesto que han formado parte importante de su vida. Tampoco nunca había reconocido con tanta sinceridad las secuelas que aún pesan sobre él de una cierta actitud machista. Las declaraciones extractadas que publicamos a continuación contribuyen, junto con la larga entrevista que apareció en los números 666 a 668 de TRIUNFO, a completar el perfil autobiográfico del gran pensador francés, que ha cumplido ya los setenta y un años.

CATHERINE CHAINE

QUIENES se aproximan a usted se creen, por lo general, obligados a hablar de filosofía, de literatura o de política... En esta ocasión me gustaría, sin embargo, que me hablara de las mujeres, del lugar que han ocupado y ocupan todavía hoy en su vida; tengo la impresión de que, a fin de cuentas, usted es también un "hombre de muchas mujeres"...

JEAN-PAUL SARTRE.—Es verdad que siempre he amado a las mujeres. Que ellas han ocupado siempre el centro de mis pensamientos... Sin duda he pensado en ellas más que en ninguna otra cosa, y ello a lo largo de toda mi vida; desde pequeño, a través de la madurez, y ahora de viejo. Incluso cuando pienso en temas que no tienen relación directa con las mujeres, estoy en el fondo pensando en ellas...

—¿Cómo explica usted eso?

J.-P. S.—Porque mi familia la componían fundamentalmente mujeres: mi madre, mi abuela, sus amigas. En ellas sólo había un hombre: mi abuelo. De niño me imaginaba a mí mismo mayor, como él, rodeado de mujeres. La mujer era para mí un elemento constante de sueño. Como todos los niños, tenía amiguitos y amiguitas de mi edad, pero no sé por qué mi abuelo y mi madre solían hablar de "novias" en el segundo caso. Y siempre encontraba niñas en todas las ciudades donde iba.

"Me acuerdo de nuestros juegos junto al quiosco de música de un jardín de Vichy o en las playas de Arcachon. Me acuerdo también de una niña tuberculosa que pasaba días enteros tendida en una hamaca en el jardín. Yo pasaba horas a su lado. Hasta la edad de nueve o diez años, yo tenía muchas amiguitas que eran para mí esposas posibles, porque nos trataban siempre como a novios. De los nueve a los dieciséis años viví en La Rochelle, y allí tuve pocas relaciones con las niñas. Pero, en fin, aquello contaba mucho. Luego, a partir de los seis años, de vuelta a París, conocí a un montón de mujeres. Entonces aquel tipo de relaciones cobraron una gran importancia para mí. Importancia en la vida de todos los días. Sin embargo, puedo asegurar que las mujeres han venido ocupando un gran espacio en mi vida



Sartre con Simone de Beauvoir; un contrato de dos años que se amplió a toda la vida.

desde que cumplí los cuatro o cinco años, y tal vez incluso antes.

—Rodeado de las mujeres de su familia y de todas aquellas "novias", usted tenía ya desde la infancia lo indispensable para convertirse en un perfecto "machista", ¿no es cierto?

J.-P. S.—Efectivamente; de niño era ya machista porque me imaginaba a mis futuras novias o amigas siempre organizadas en torno a mí, ligadas a mi persona. Las veía, pues, como a seres inferiores; yo era, por el contrario, superior. No es que yo pensara realmente así, pero era la realidad. Y, sin embargo, en cierta manera también consideraba a las mujeres como a iguales...

—Un machista liberal, en cierta manera...

J.-P. S.—Sí... La idea de la seducción era algo que yo había encontrado en los libros y que me había atraído desde los seis años: el hombre seducía a la mujer; es decir, en mi caso, a la niña de seis años. Aquella idea, en cierto modo

inventada, incluso exagerada, era moneda corriente justo por aquel entonces, cuando yo tenía cinco años, inmediatamente antes de la guerra de mil novecientos catorce (...). Sin embargo, por aquella misma época se daba también la situación inversa: la que representaba la mujer fatal. El seductor y la mujer fatal formaban parte de los mitos anteriores a mil novecientos catorce. Y yo asumía aquella idea de seducción. Aceptaba a gusto aquel papel, aunque supusiese cualidades que yo personalmente no tenía. Una cierta belleza fue yo creía tener hasta el momento en que me cortaron el pelo, pero de la que me sentí desprovisto después. Era, pues, machista, pero una vez seducida la mujer, en un momento determinado, ella confesaba: "Estoy seducida", y a partir de entonces se establecía una situación de igualdad.

—¿Cómo es eso?

J.-P. S.—Bueno, el machismo no es algo tan simple como se cree

generalmente. No es un comportamiento permanente de superioridad, sino que tal superioridad estalla por momentos. La mujer seducida y yo íbamos a sentarnos en un banco a la luz de la luna y allí manteníamos elevadas conversaciones. Bueno, era una idea mía de la seducción y que por supuesto abandoné tan pronto como tuve un mínimo de razón. Ahora bien, al mismo tiempo me vino otra idea a la cabeza: la de que, una vez establecidas, las relaciones debían ser igualitarias. Se trataba de hecho de conquistar a una mujer casi como se conquista a una fiera, sólo que mediante estrategias, sonrisas y habilidades; el fin era hacerla pasar del estado salvaje al estado de igualdad con el hombre. Como si hubiera domado a una tigresa que, una vez domada, se habría convertido en mi semejante.

—Usted habla con frecuencia de "las mujeres" en plural. ¿De niño o de adolescente no llegó usted a imaginarse a una mujer que pudie-

ra convertirse en la única de su vida?

J.-P. S.—No, porque desde el primer momento he sido polígamo. Siempre pensé que mi vida sexual sería múltiple. También en ese sentido he sido machista: jamás me imaginé a una mujer como única en mi vida.

—¿A qué se debe esa actitud, en su opinión?

J.-P. S.—Sin duda a la educación machista que recibí, a la atmósfera machista que rodeó mi niñez. Mi abuelo tenía una vida muy particular. Estaba a gusto con mi abuela, pero desde hacía años no tenía con ella relaciones sexuales porque mi abuela las detestaba y decía estar enferma. Mi abuelo mantenía relaciones con antiguas alumnas de su curso de alemán. O, más exactamente, con alemanas que venían a París a aprender el francés. Me acuerdo de una de ellas que escribía novelas de aventuras. Era muy simple, pero, en fin, aceptaba las relaciones íntimas con mi abuelo.

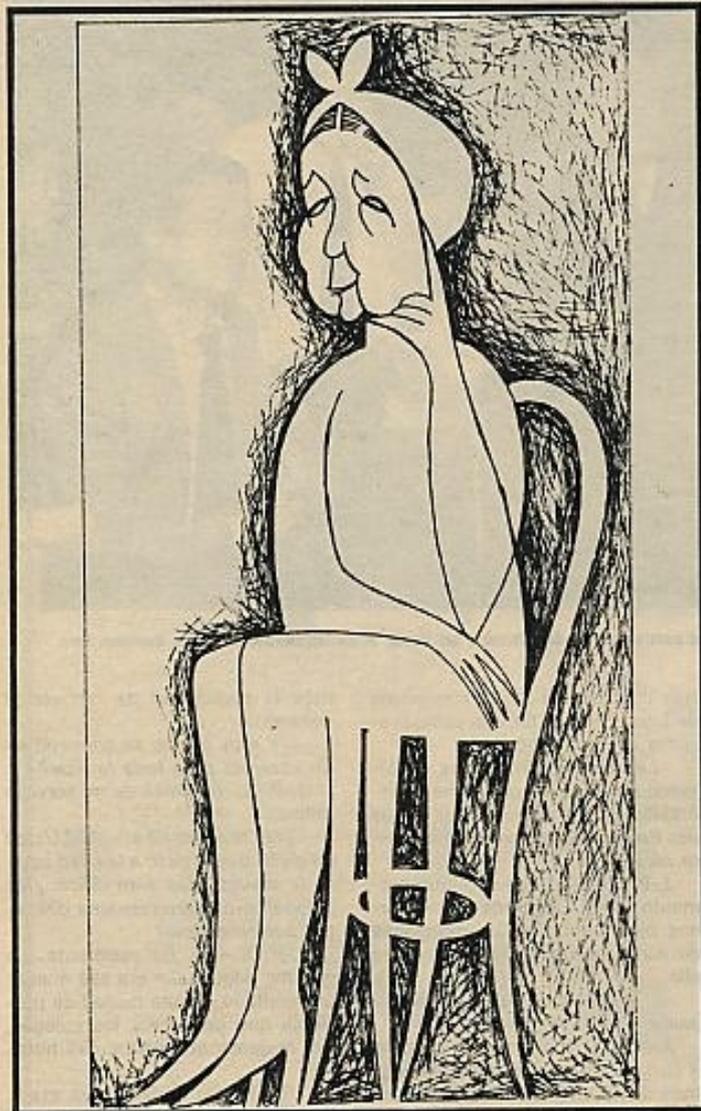
—¿Y usted, qué pensaba usted entonces que podían aportar las mujeres?

J.-P. S.—Yo siempre he buscado en la mujer a una igual, pero una igual que pudiera aportarme ele-

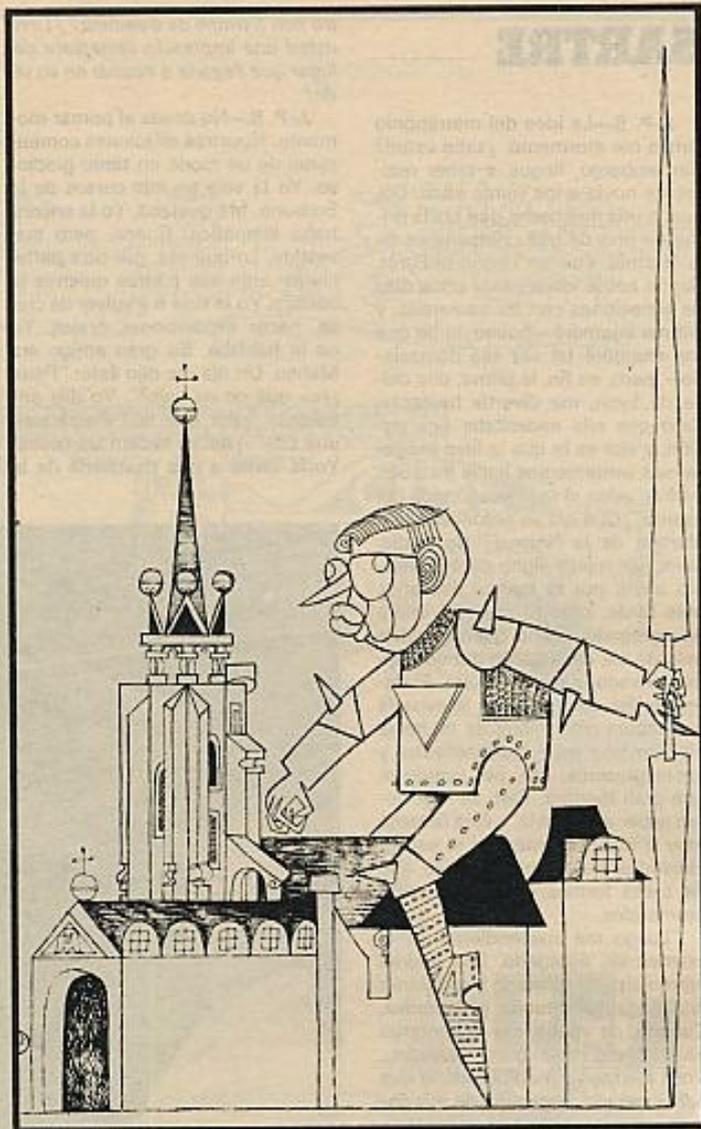
mentos afectivos, sentimentales. La ternura, el amor tal y como yo me los imaginaba eran dos personas abrazadas y besándose. Era algo que no me podían ofrecer de ninguna manera los chicos porque eran demasiado duros. Con los chicos lo único que se podía intercambiar era algún que otro puñetazo amistoso. Nada de ternura. Entre las niñas reencontraba, por el contrario, la atmósfera íntima y sentimental que me habían proporcionado desde un primer momento mi madre, mi abuela y sus amigos. Ese sentimentalismo que se dilataba en presencia de las muchachas era para mí lo esencial del sexo.

—En "Las palabras" usted cuenta que un día, a los siete años, su abuelo le llevó a la peluquería, y que al volver, su madre, su abuela y todos los íntimos se dieron cuenta de su fealdad. ¿Cómo experimentó usted mismo aquella fealdad?

J.-P. S.—Sí; mi abuelo me hizo cortarme el pelo. Fue algo importante, porque mi pelo era rubio y bastante bonito, creo; me llegaba hasta los hombros y debía de dar una falsa impresión: si usted quiere, la belleza del pelo hacía que el rostro pareciera menos feo de lo que era realmente. Un día mi abuelo decidió, sin consultar a sus muje-



Sartre, visto por Vázquez de Sola.



La autora de "El segundo sexo", según Vázquez de Sola.

res, es decir, a su mujer y a su hija, que me cortaran el pelo. ¿Por qué lo hizo? No lo sé. En cualquier caso debía de pensar que un muchacho debía de tener el pelo corto. Así que me llevó a la peluquería. Al volver, media hora más tarde, la cosa estaba ya hecha. Todo el mundo se puso a mirar mi rostro con consternación. Naturalmente, mi madre y mi abuela empezaron a pegar gritos y a decir que estaba feísimo. Y, efectivamente, conservo una foto de por aquella época que muestra mi fealdad.

—¿Se sentía usted bien dentro de su pellejo?

J.-P. S.—Me sentía bastante bien. Mi fealdad no me afectaba de modo profundo porque yo era ya por aquel entonces muy orgulloso y mi aspecto externo era por consiguiente algo secundario. Yo quería llegar a ser un escritor célebre, mientras que la belleza... ¡Qué importa a nadie que un escritor célebre sea guapo o no! Repto que aquello era algo secundario. No era guapo y punto.

—¿Cuándo se enamoró usted por vez primera?

J.-P. S.—Tenía dieciséis años; fue en París. Me enamoré de la hija del conserje del liceo.

—¿Cómo transcurrían las cosas en mil novecientos veinte, cuando uno tenía dieciséis años y estaba enamorado?

J.-P. S.—Bueno, dependía de cada cual. Algunos llegaban hasta el fondo, sin duda. Era más bien raro, pero, en fin, podía pensarse que un tercio de los alumnos de mi curso habían perdido ya su virginidad... O tal vez un cuarto... Estábamos menos maduros que ahora. Eramos casi niños.

—Usted se crió en un medio casi virtuoso. ¿Llegó a sentirse alguna vez culpable?

J.-P. S.—Ah, no; no me sentía en absoluto culpable. Y me las habla arreglado con mis padres: era ya libre.

—¿Así que usted habría podido hacer el amor con la hija del conserje del liceo sin sentir ningún tipo de culpabilidad?

J.-P. S.—Sí; pero de hecho sólo llegué hasta el final al año siguiente, en la clase de Filosofía, con las mujeres que buscaban clientes en el Luxemburgo.

—Vuelvo a la idea del matrimonio. ¿No llegó a contemplar, en algún momento de su adolescencia, la posibilidad de casarse como todo el mundo?

SARTRE

J.-P. S.—La idea del matrimonio jamás me atormentó, ¿sabe usted? Sin embargo, llegué a tener realmente novia a los veinte años. Conocí a una muchacha que era la prima de uno de mis compañeros de la Normal. Fue en Usson-la-Forêt, donde había ido a pasar unos días de vacaciones con mi camarada, y allí me enamoré —bueno, lo de que me enamoré tal vez sea demasiado—, pero, en fin, la prima, una chica de Lyon, me divertía bastante. Creo que ella necesitaba una pasión, y eso es lo que la hizo exagerar sus sentimientos hacia mí... Sus padres veían el lado económico del asunto. ¿Qué era yo entonces? ¿Un alumno de la Normal? No podía, pues, ser sujeto digno de matrimonio hasta por lo menos dos años más tarde, cuando me convirtiera en agregado. Como querían saber más de mí, encargaron a un detective privado que me vigilara. El detective les contó que en la escuela me habían oído hablar de mi novia en términos muy desagradables y hasta groseros. Era, por supuesto, una gran mentira. Pero se lo hicieron saber a mi novia, y ésta lo tomó muy a mal. Yo entonces le escribí pidiéndole que no hiciese caso, que de todas formas seguíamos comprometidos.

"Luego me suspendieron en el examen de agregado. Mis padres fueron a pedir su mano y recibieron una negativa rotunda y definitiva. Cuando, de vuelta, me lo contaron sentí como una gran desazón... Volví a Usson y medité todo lo que había pasado, la gestión de mis padres, y me acuerdo que en lugar de unirme con mis amigos en el campo de tenis, me fui a un prado con una botella y me puse a beber solo. Hasta lloré. Lloré porque, entre otras cosas, había bebido. No es que lo hubiese hecho adrede, pero estaba contento de pagar mi escote con unas pocas lágrimas. Me sentí como aliviado. No estoy seguro de haberme comportado con corrección en toda aquella historia..."

—Sería por aquel entonces cuando le vio por vez primera Simone de Beauvoir en los pasillos de la Sorbona. Ella cuenta que usted iba cubierto con un gran sombrero, mal vestido y tenía un aspecto bastante sucio. ¿No era un descuido de su persona en cierto modo buscado?

J.-P. S.—Por supuesto. Yo no era el único con aspecto de desaliñado. Nizan, Maheu y alguno más se mostraban también sucios, aunque al mismo tiempo daban una cierta impresión de elegancia porque podían contar historias de amor mucho más completas que las mías. Su suciedad era la propia de la mañana. Uno apenas se lavaba al levantarse. Por ejemplo, solíamos ir a desayunar al bar de la esquina, al Normal Bar, en pijama, sin habernos lavado ni afeitado. A veces nos lavábamos más tarde, siempre y cuando las circunstancias fueran favorables...

—¿Cómo se produjo su encuen-

tro con Simone de Beauvoir? ¿Tuvo usted una impresión inmediata del lugar que llegaría a ocupar en su vida?

J.-P. S.—No desde el primer momento. Nuestras relaciones comenzaron de un modo un tanto gracioso. Yo la veía en mis cursos de la Sorbona. Me gustaba. Yo la encontraba simpática. Guapa, pero mal vestida. Lo que era, por otra parte, cierto: eran sus padres quienes la vestían. Yo la veía ir y volver de clase, hacer exposiciones orales. Yo no le hablaba. Su gran amigo era Maheu. Un día me dijo éste: "Pero, ¿por qué no os veis?". Yo dije entonces: "¿Por qué no? Prepárame una cita". ¡Así se hacían las cosas! Yo la invité a una pastelería de la

bilidad, porque era preciso. Sin embargo no pude reprimir mi descontento. Por fin, dos o tres días más tarde nos conocimos Simone de Beauvoir y yo: hablamos decidido preparar juntos el examen de agregado con Maheu, Nizan y Aron. Comenzamos a reunirnos en mi habitación de la Ciudad Universitaria. Pasábamos dos o tres horas con los camaradas estudiando un texto griego o una cuestión de filosofía, y después Simone de Beauvoir y yo los dejábamos para ir a pasear por París. Estábamos juntos todo el tiempo.

—¿Se convirtió aquello muy pronto en una relación estable?

J.-P. S.—Eso sólo ocurrió algo más tarde, en el mes de noviembre.

Yo les aseguré que mis sentimientos eran totalmente respetuosos, pero ellos no vieron bien aquello. Creo que el padre no llegó a decirme que me marchara. De todas formas, me quedé los cinco días que pensaba quedarme.

—A comienzos del otoño usted firmó un contrato de dos años...

J.-P. S.—Sí, era un poco cómico. Como ve, no contemplaba la posibilidad de un vínculo para toda la vida, y sin embargo ha sido esto último. Pero la primera idea fue: ahora tengo relaciones completas con Simone de Beauvoir, ¿cuánto pueden durar? Dos años, primero. Y ella misma no encontraba mal esa idea de contrato porque no quería tampoco el matrimonio. Y había ade-



Durante los ensayos de su obra "Los secuestrados de Altona", en París. A su izquierda, la actriz Evelyn Rey.

calle de Médicis... Pero resulta que Maheu me había gastado una broma. Había quedado en que Simone de Beauvoir enviarla a la cita a su hermana pequeña, y yo me sentí así obligado a invitarle a pasar la tarde. Lo que ocurrió en realidad, aunque yo no sintiese la mínima simpatía por la hermana de Simone. La simpatía vendría después, cuando por fin se convirtió en amiga, pero en aquel momento...

—¿Aquello le enfureció a usted?

J.-P. S.—Me puso realmente furioso. Ella se justificó: "Me envía mi hermana, tiene no sé qué compromiso..."

—Debió de pasar un mal rato.

J.-P. S.—Sí que lo pasó. Aun cuando traté de portarme con ama-

Nos conocíamos desde comienzos de julio. Pero, en fin, eso ya no presentó ninguna dificultad.

—Leyendo las Memorias de Simone de Beauvoir uno tiene la impresión de que sentimientos de los dos fueron desde el primer momento recíprocos.

J.-P. S.—Sí, desde el primer momento, creo. Llegamos a conocernos mejor durante las vacaciones de verano. Yo me instalé cerca de ella...

—... Y consiguió que le echara su padre.

J.-P. S.—Un día me vio sentado a su lado en la hierba. No estábamos demasiado juntos, creo recordar, pero lo cierto es que sus padres se sintieron escandalizados.

más la posibilidad de renovar el contrato...

—¿Y muy pronto se convirtió en un contrato para toda la vida?

J.-P. S.—Sí, antes de mi servicio militar.

—¿No le angustió aquello? Usted ha dicho que el paso a la edad adulta le resultó más bien difícil. ¿No creaba tal compromiso una dificultad suplementaria?

J.-P. S.—No, no realmente. Lo que me angustió era ese mundo universitario de una ciudad de provincia que descubría: los colegas, sus mujeres, el director. Era horrible.

—Jamás nos seríamos ya extraños el uno para el otro; nunca la llamada de uno dejarla de ser contes-

tada por el otro", así se expresa Simone de Beauvoir en "La fuerza de la edad". ¿No ha llegado usted a sentirse nunca atado?

J.-P. S.—Ah, no, nunca. Nunca me he sentido atado por mis relaciones con Simone de Beauvoir. En ningún sentido. Podíamos hacernos cualquier favor, siempre espontáneamente. Sobre todo que, como usted sabe, nosotros admitimos casi desde el principio la posibilidad de tener relaciones con otras personas.

—¿Han mantenido ustedes ese compromiso de no mentirse el uno al otro, de no ocultarse nada mutuamente, de no tener secretos?

J.-P. S.—Sí, hasta el final. De vez en cuando Simone de Beauvoir se divierte diciendo que yo no le he contado algo, que le he ocultado un detalle. Pero no es cierto.

—¿Usted no le ha ocultado nunca nada?

J.-P. S.—Nunca.

—¿Es muy importante para usted?

J.-P. S.—Sí, es muy importante no ocultar nada. Aunque sienta muchas veces ganas de ocultarle cosas a la gente, de contar alguna que otra mentirijilla. Con ella, sin embargo, no es ése el caso.

—¿Por qué ese afán de verdad a cualquier precio?

J.-P. S.—Porque concebía nuestras relaciones como superiores en valor, en esencialidad, a las que tenía con otros hombres o mujeres simultáneamente. Bueno, yo era machista; pero cuando conocí a Simone de Beauvoir sentí que no podía tener relaciones mejores que las que tenía con ella. No me refiero exclusivamente a la vida sexual o la vida íntima, sino también a la conversación o a la discusión de cualquier decisión importante. Eramos, pues, iguales el uno para el otro. Por fin había encontrado a una mujer que era mi igual, y eso es lo que, en mi opinión, consiguió salvarme del puro machismo. La mujer había ocupado al fin el lugar que le correspondía.

—¿Habría podido usted tener relaciones igualmente completas con una mujer que no hubiese hecho nunca filosofía; con una escultora, con una mujer médico?

J.-P. S.—No puedo asegurárselo. Lo único que puedo decirle es que no ha sido la filosofía mi tema de conversación con las mujeres con las que ha tenido relaciones.

—Tal vez, pero Simone de Beauvoir entendía también cualquier discusión filosófica.

J.-P. S.—Sí. Yo le hablaba siempre de mi filosofía. Cuando estaba en el servicio militar, ella venía a Tours a pasar conmigo el sábado y el domingo. Y yo entonces le contaba las ideas que habían surgido en mi mente en el transcurso de la semana. Era un buen modo de ponerlas a punto. Con mis camaradas, como Maheu y Nizan, yo hablaba un poco de mis "teorías", como yo las llamaba, pero era un lujo. Un permiso que me concedía a mí mismo durante una velada en la que nos encontrábamos especial-



"Nunca he ocultado nada a Simone de Beauvoir".

mente a gusto. En realidad, sin embargo, nunca he hablado a fondo de mis teorías excepto con ella.

—¿El fin de una soledad?

J.-P. S.—Sí; el fin de una soledad que no he vuelto a sentir nunca.

—¿Por qué son indispensables otros amores?

J.-P. S.—Porque uno tiene otras amistades, otras relaciones con la gente. No existe razón alguna para esa regla primaria que se deriva evidentemente del matrimonio y de la Iglesia. En realidad, las relaciones sexuales no están ligadas a ningún tipo de organización social particular. Acababan de nacer unas relaciones nuevas con Simone de Beauvoir, pero se sobrentendía que los hombres debían tener relaciones con varias mujeres. Yo debía, pues, unir ambas ideas. Era difícil, pero me lo propuse y lo he conseguido. En la mayoría de los casos mis relaciones con Simone de Beauvoir han sido relaciones esenciales —y lo siguen siendo—, mientras que con las otras mujeres sólo cabían relaciones de tipo secundario.

—¿Y las "contingentes" aceptaron siempre eso?

J.-P. S.—En general, sí. No es que estuviesen muy satisfechas. Yo nunca se lo ocultaba. Desde el principio de mi relación con otra mujer yo le decía claramente: hay una mujer que se llama Simone de Beauvoir y que es esto en mi vida. Habla que conseguir que lo admitiese.

—¿Esa libertad establecida por usted desde el comienzo, en sus relaciones con Simone de Beauvoir ha sido para ella tan fácil como para usted? Es una pregunta que uno puede hacerse al leer su libro "La fuerza de la edad". Así, por ejemplo, cuando usted se ve con "M" en los Estados Unidos, ella se pregunta "con horror" si es que no llegarán a convertirse en extraños el uno para el otro...

J.-P. S.—Creo que hubo en aquel momento un malentendido entre nosotros. Lo que ocurrió fue esto: la que Simone de Beauvoir llama "M" había venido a pasar algunos días en Francia. Por aquel entonces, Simone de Beauvoir había ido a América, a Chicago, donde había conocido a Nelson Algren. A su regreso nos encontramos en Copacabana, donde pasamos quince días para trasladarnos luego juntos cerca de Fontainebleau. Aquel doble cambio, ella y Nelson Algren, M. y yo, había restado suavidad a nuestras relaciones. Pero se trataba sólo de un malentendido.

—¿Si ustedes se confesaban todo?

J.-P. S.—Sí, pero aun cuando se diga todo, hay momentos en que la tensión es fuerte y entonces no todo se comprende. Decirlo todo no es tan simple. No se dice todo así como así, en una conversación de dos minutos. Se dice algo, y luego se interpreta mal. Uno no se da cuenta en el momento mismo...

—Pero hay un hecho cierto y es

que Simone de Beauvoir tenía miedo y usted no...

J.-P. S.—Yo no tenía miedo porque daba por válido todo lo que me decía. No sé si todo eso justificaba o no el miedo... Lo cierto es que ella entendió mal lo que yo le decía. Una noche me preguntó: "¿Qué significa M. para usted? ¿Cuenta mucho?". Y, efectivamente, ella contaba mucho en aquel momento. Yo le respondí: "Cuenta mucho, pero yo estoy con usted, ¿o no?". Y esta frase, que no era precisamente amable —debo confesarlo—, yo la pronuncié con intenciones amables. Mi intención era decir: lo auténtico, lo profundo, son las relaciones entre nosotros dos.

—¿No sintió usted, por el contrario, celos hacia Nelson Algren?

J.-P. S.—Jamás. Sentía antes bien simpatía por él.

—¿Los celos son acaso un sentimiento que usted ha ignorado siempre?

J.-P. S.—En general, sí.

—¿Y en particular?

J.-P. S.—Bueno. A veces he sentido algo de celos. Pero no en relación con Simone de Beauvoir. Los celos eran como un sentimiento secundario que yo podía permitirme con las demás mujeres. Pero con Simone de Beauvoir mis relaciones eran tales que ni siquiera llegaba a afectarme una aventura con un hombre como Nelson Algren. No se me arrebataba nada. Reconocimiento que no deja de ser un tanto fatuo.

—¿Usted tenía entonces una gran seguridad en sí mismo?

J.-P. S.—Tenía seguridad en mí mismo y de un modo incluso desagradable, pero eso nos facilitó en el fondo las cosas. Jamás ha habido discusiones entre Simone de Beauvoir y yo a propósito de sus amores secundarios. Porque yo los consideraba como totalmente secundarios, sin preocuparme de lo que pudiese ocurrir durante esas aventuras. Sabía que yo no apostaba nunca nada en ellas.

—¿Cree usted que muchas otras parejas habrían sido capaces de vivir una relación como la suya?

—¿Cuáles son las condiciones para el éxito de semejante empresa?

J.-P. S.—En primer lugar, una cierta similitud entre el nivel cultural del hombre y la mujer. Si uno de ellos goza de una cultura superior a la del otro, puede inspirarse en esa cultura para justificar tal organización —una persona superior y otras inferiores—, pero la otra no lo entenderá. Esas ideas germinan en una mente a partir de una cultura novelesca o filosófica definida; de ahí la necesidad de que la otra persona tenga la misma cultura, pueda manejarse con los mismos elementos culturales. Pienso, pues, que la primera condición es una igualdad entre niveles culturales. Y que se trate de la misma cultura. Es decir, que cada uno pueda expresarse y hacerse entender en un mundo cultural que es el suyo, que pertenece

a ambos. Hay que ver el mundo de la misma manera. La segunda condición es que uno llegue a comprender que las relaciones con la otra persona deben ser superiores a todas las demás relaciones posibles.

"Ese tipo de pareja no correspondía a mi idea primitiva: yo gustaba de imaginarme unido sucesivamente a mujeres distintas, cada una de las cuales lo sería todo para mí en un momento dado. Las cualidades propias de Simone de Beauvoir la han hecho ocupar en mi vida el puesto que ocupa y que ninguna otra persona podía llenar. De todas formas he conservado algo de los viejos tiempos gracias a ciertos amores contingentes que podían ser intensos, pero que de ninguna manera admiten comparación.

—Esa organización —un amor principal y otros secundarios— ha conseguido que la pareja Sartre-Simone de Beauvoir dure toda la vida. ¿Qué añade el paso del tiempo a esa relación?

J.-P. S.—Muchísimo, porque una pareja, en un determinado momento de su vida, tiene una cierta visión de las cosas, de los sucesos y de las personas que forman su entorno. Diez años después han cambiado muchas cosas. Si por azar uno ha cambiado solo, tendrá una manera distinta de ver las cosas que no será ya la de antes, pero de ahí no pasa. Si usted vive con otra persona, pueden tratar de establecer juntos lo que ha cambiado: cómo se veían las cosas, cómo estaba, diez años antes, tal amigo, tal camarada; cómo sucedió tal aventura, tal hecho. Es precisa una especie de revisión, hay que limpiar lo que no estaba limpio, y esto sólo es posible hacer al unísono con otra persona. Y es preciso que esa persona tenga además una relación sexual con uno, ya que habrá cosas que serán sexuales y otras que estarán ligadas a lo sexual, aunque sea indirectamente.

—Cuando usted dice que, en el amor, uno da lo más profundo de uno mismo, ¿qué quiere decir exactamente?

J.-P. S.—Pues bien, en el caso de Simone de Beauvoir es toda la vida. La escritura, evidentemente. He dicho muchas veces que nos insultábamos sin piedad. Cada uno de nosotros juzga con severidad la escritura del otro, las faltas, las tonterías, etcétera. Por lo que a mí respecta, encontraba los consejos de Simone de Beauvoir muy justos. Ella también los mios, creo. Pero siempre adoptábamos un tono de enfado; en parte, para bromear. Estaba eso, pero también lo que configuraba la vida diaria. Las continuas reflexiones sobre lo que pasaba delante de nuestros ojos. En la terraza de un café las gentes que pasaban: mujeres y hombres. Esta-

ban también las cosas de la vida. Lo que nos pasaba a cada uno de nosotros dos. Nuestras obligaciones. Nuestros conocimientos personales. Todo nos lo comunicábamos. Y aceptábamos el juicio del otro.

"Por ejemplo, cuando yo presentaba a Simone de Beauvoir a alguien que conocía, su juicio lo transformaba a mis ojos. Cosa que no habría conseguido el juicio de ninguna otra persona.

—Esa experiencia común ha costado a veces muchas discusiones, muchas confrontaciones... La igualdad entre un hombre y una mujer no excluye el que existan también entre ambos grandes diferencias.

J.-P. S.—Naturalmente. Cada uno de nosotros va en una dirección. Por ejemplo, Simone de Beauvoir tiene su terreno particular, que es el de las mujeres. Es un dominio en el que yo nunca he entrado. Leí "El segundo sexo" mientras ella lo estaba escribiendo, y le hice las críticas pertinentes, porque siempre nos las hacemos. Leemos para criticar, para dar al libro mayor fuerza. Pero las críticas que yo hacía eran del género de "Esto no parece muy lógico, porque en otro lugar usted dice aquello". Se trataba, pues, de críticas formales. No de críticas interiores. Si descubría algo de su condición de mujer, en ella misma o en las demás, yo no tenía nada que comentar. Únicamente le censuraba los posibles errores lógicos que todos cometemos de cuando en cuando.

—Imagínese que no hubiese conocido a Simone de Beauvoir o que ella le hubiera abandonado al cabo de diez años, ¿habría sido su obra en ese caso diferente?

J.-P. S.—Primero, ella no podía dejarme al cabo de diez años del mismo modo que yo tampoco

podía dejarla a ella. ¿Qué habría ocurrido de no haberla conocido? Bueno, todas las obras que escribí antes de conocerla incluían ya las ideas esenciales que luego me he limitado a desarrollar. En "La náusea", por ejemplo, la idea de contingencia, la idea de náusea estaban ya en mí, y yo todavía no conocía a Simone de Beauvoir. Por consiguiente, es cierto que hay toda una parte de lo que tenía que escribir que habría escrito de todas formas, porque los elementos estaban ya ahí. Ahora bien, ¿lo habría escrito del mismo modo? No lo sé. Esto es lo que cuenta.

—¿Puede usted calibrar esa influencia?

J.-P. S.—Claro que sí. El hecho de vivir juntos, de compartir experiencias tiene una importancia fundamental. Uno escribe a base de experiencias. Pero cuando las experiencias son compartidas es lógico que influya el otro. Sin Simone de Beauvoir yo no hubiese tenido las mismas experiencias y con seguridad no hablaría con tantos detalles, tantos particularismos. Una de las cosas que se me han reprochado, sin razón, según me parece —pues estimo, por el contrario, que se trate de una cualidad—, es la insistencia que muestro en los libros filosóficos en los ejemplos particulares. El que describa una conducta, un acto, una vida como ejemplo de una teoría filosófica. Se dice de mí: "Cae en el incidente, en la anécdota, no se eleva a lo general". Pues bien, eso tiene una cierta relación con Simone de Beauvoir. Porque tratamos los fenómenos que nos rodean, las anécdotas en que estamos mezclados o que nos cuentan como ejemplos de tal o cual cosa que escribimos.

—La libertad y la independencia que han mantenido ustedes uno

frente al otro, ¿han impedido que sus relaciones degenerasen en mera costumbre?

J.-P. S.—Sí, es más que obvio: hemos estado sometidos a regímenes tan distintos...

—Simone de Beauvoir ha explicado ampliamente en sus libros por qué no quería hijos. ¿Cuáles son sus razones?

J.-P. S.—Es sencillo: desde los ocho o nueve años yo quería llegar a ser un gran escritor. Usted me contestará que un gran escritor puede tener hijos. Yo no lo niego, pero si tiene realmente la intención de hacer cosas que duren y, por consiguiente, de escribirlas para que duren, pensará mientras que es joven que no podrá dedicar a la familia el mismo tipo de sentimientos que un hombre que tiene una existencia menos "importante".

—Así, se debe a un cierto escrupulo...

J.-P. S.—Sí, un poco. Unos hijos no hubiesen sido para mí la preocupación esencial; ésta habría sido siempre mi obra.

—Y de haber tenido un hijo, ¿hubiese preferido un varón o una hembra?

J.-P. S.—Una hija, con toda seguridad. Sin duda por esos sentimientos un tanto incestuosos que laten en el fondo de todo padre hacia sus hijas.

—Olvidémonos de la familia...

¿Cómo conoce usted a las mujeres de su vida? ¿Es usted quien da siempre el primer paso o se ve, por el contrario, solicitado?

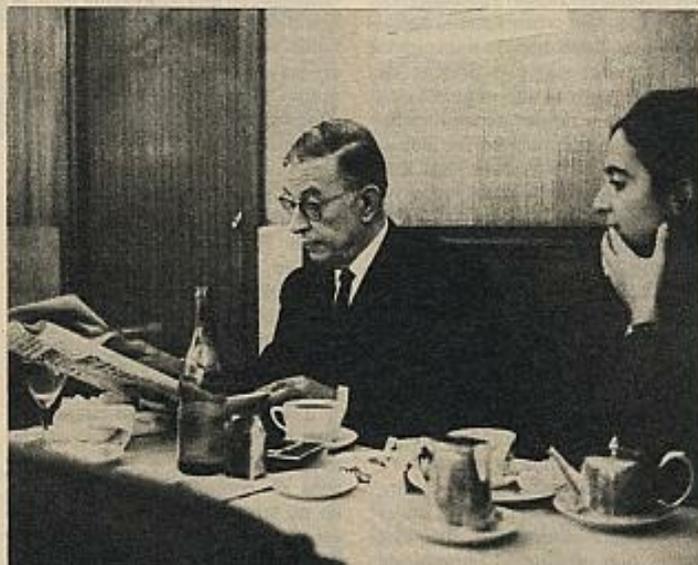
J.-P. S.—No creo estar muy solicitado. Soy yo quien da siempre el primer paso. Pero lo hago cuando me veo con posibilidades, y entonces es raro que fracase.

—Usted dice en su película ("Sartre par lui-même" —"Autorretrato de Sartre"—, de Alexandre Astruc y Michel Contat): "Lo ideal es ser alguien". Ahora bien, Sartre ha estado siempre rodeado de mujeres más bien hermosas...

J.-P. S.—Bueno, confesaré una cosa: pienso que para que las relaciones sexuales tengan verdadero sentido, en la mayoría de los casos, es preciso que la mujer tenga algo que atraiga al hombre físicamente. Hay mujeres que no son guapas, pero que tienen un cierto encanto. Es una respuesta muy poco feminista la que acaba de escuchar, pero, desgraciadamente, es un hecho. Ahora bien, ¿qué pasa con las otras mujeres, las no atractivas? Bueno, no tengo ninguna respuesta personal, pero el problema no debe ser ignorado. Tengo la impresión de que las feministas lo dejan un poco al margen.

—Usted ha dicho unas cuantas veces que se consideraba más bien feo. ¿Piensa usted que la fealdad es menos embarazosa para un hombre que para una mujer?

J.-P. S.—No creo que sea demasiado importante. Bueno, sería un tanto fastidioso tener, por ejemplo, un ojo en medio de la boca. Pero la



"Tal vez sea un resto de machismo, pero me gusta que en cierto modo las mujeres dependan de mí económicamente". En la foto, el filósofo con su hija adoptiva, una muchacha argelina, durante los primeros años sesenta.



"Con las mujeres me encuentro siempre a gusto: tienen una especial sensibilidad". Sartre, en la Unión Soviética, entre Ariadna Shalir y la traductora de sus obras al ruso, L. Zonina

fealdad, incluso caracterizada —gracias por decir que me consideraba a mí mismo más bien feo, lo cierto es que me encuentro feísimo—, ni siquiera la fealdad caracterizada es embarazosa.

—¿Incluso en las relaciones sexuales?

J.-P. S.—Incluso. Porque las relaciones amorosas son una totalidad en la que la persona y el cuerpo se ven de modo distinto de como se verían bajo otras circunstancias.

—¿Concede usted importancia a la elegancia?

J.-P. S.—Ninguna, por lo menos por lo que a mí respecta.

—¿Usted se viste de cualquier manera?

J.-P. S.—De cualquier manera, no. Hay cosas que me gustan o que no me gustan; pero eso no tiene nada que ver con la elegancia.

—¿No ha sido nunca para usted una manera de expresarse?

J.-P. S.—No, porque está justamente la relación con la fealdad. Si uno es feo lo seguirá siendo se ponga lo que se ponga encima. Algunas personas pueden ser feas y arreglarse un poco. No era mi caso. Intenté un poco imitar la elegancia de Niza cuando era joven, pero se me reprochaba que lo que a él le sentaba a mí no me iba bien. Luego, hacia mil novecientos sesenta y ocho, dejé bruscamente de llevar cuellos, corbatas, trajes y cosas por el estilo. No es para parecer más elegante, sino porque me parecía que era justo lo que me faltaba. Los

cuellos postizos me irritaban, me molestaban; también las corbatas...

—Su entorpecimiento lo componen casi exclusivamente mujeres. ¿Por qué prefiere usted su compañía?

J.-P. S.—Porque me encanta lo que dice, lo que hace una mujer. Incluso si es fea y dice tonterías, me da igual.

—¿Por qué?

J.-P. S.—Me gusta su sensibilidad, su manera de ser. La profundidad de su conversación. Toman las cosas como hay que tomarlas, sin vinculación a un oficio o una tarea. Claro está, las mujeres que se ganan la vida están un poco influidas por su profesión. De todas formas, uno tiene siempre la impresión de que las mujeres experimentan todo lo que viene de fuera en un sentido nuevo. Una mujer ve siempre mejor los objetos y las personas. Una mujer se da cuenta inmediatamente de un cierto aire, de un gesto característico de alguien, que revela algo de su persona y que es capaz por sí solo de expresarle. Esto falta siempre en la conversación de un hombre. No sólo me encuentro bien con las mujeres, sino que las mujeres se encuentran a gusto conmigo. Tengo que decirlo, puesto que ellas lo dicen. Les gusta pasar el tiempo conmigo.

—¿Debido a esa forma de sensibilidad?

J.-P. S.—Probablemente.

—¿Y la ternura? ¿Ocupó un gran lugar en su vida?

J.-P. S.—La ternura es un modo de ser; es a la vez la ternura que se

recibe y la que se da. Las dos están ligadas y sólo existe una ternura general que se da y se recibe a un tiempo. Esos momentos de ternura son para mí los momentos fuertes de la vida. Claro está, los momentos de lucha, de triunfo, en los dominios asexuados como la política o la literatura, cuentan mucho para mí, pero los momentos de ternura representan los momentos esenciales de mis relaciones con las mujeres, es decir, de mi vida. El intercambio intelectual, por el contrario, salvo con Simone de Beauvoir, juega un papel poco importante en mis relaciones con las mujeres.

—¿Cómo explica usted esa ternura?

J.-P. S.—La ternura puede tener expresiones múltiples. Puede adoptar formas medio sexuales —abrazos, caricias—, pero puede también expresarse a través de una forma de lenguaje, de una manera particular de llamar, de presentar los pensamientos ajenos, de comprenderlos.

—¿Le gusta transformar a las mujeres de su vida?

J.-P. S.—¿Transformar? Sí, me gusta transformar. No sé si lo consigo realmente; tal vez en parte. Hubo, es cierto, una época en que pensaba que se transformaba a alguien a voluntad, lo que es completamente falso. Ahora pienso que en la medida en que uno transforma a las personas, las ayuda a llegar a ser lo que son. Las personas tienen sus fobias, sus temores, sus peque-

ños delirios; todo el mundo los tiene, pero cuando son dos las personas, es siempre el otro el que tiene que tragarlo. Alguien se reirá y explicará que sólo el psicoanálisis puede llegar al fondo de todo eso. Creo personalmente que cuando son dos las personas, uno puede ser el psicoanalista del otro. No creo que sea necesario pasar por el freudismo o el lacanismo. Si existe realmente una pareja, ya sea principal o secundaria, tiene que existir entre sus componentes la posibilidad de alcanzar un fondo en el que se disipen todas esas cosas.

—¿Se siente usted responsable de las mujeres con las que mantiene relaciones?

J.-P. S.—Tal vez sea un resto de machismo, pero siempre he sentido una gran responsabilidad hacia las mujeres con las que he mantenido relaciones. Responsabilidad en las relaciones sentimentales, es evidente, pero también en la vida en general. En lo referente al trabajo. Al dinero. Si puedo ayudar a una mujer, la ayudo. Sé que esto no está demasiado bien visto últimamente, sobre todo por lo que respecta al dinero. Me gusta que las mujeres, durante cierto tiempo al menos, deban todo lo que les permite vivir a su relación conmigo. Sé que eso es exagerado. Que no debería ser así. Reconozco que es una actitud machista. Hay que poner el tiempo y el dinero propios a disposición de las mujeres que uno ama. Pero hay que evitar que el dinero que uno da a la mujer la impida ganarse la vida por sí misma. Hay que dar dinero si te lo piden...

—¿Tiene usted alguna favorita entre las heroínas de la Historia, detesta a otras?

J.-P. S.—Las más célebres, madame de Sévigné, madame de Staël, Georges Sand, no me resultan simpáticas. Al margen de éstas yo diría que todas las mujeres históricas o literarias me interesan.

En particular me encantan las mujeres de Stendhal. Stendhal es el escritor que mejor describe a las mujeres. ¡Qué virulentas, qué apasionadas, qué seguras se muestran de su poder y de sus derechos! Sabiéndose capaces de hacer lo que decidan. Siempre adelantadas a las mujeres de su tiempo. Encuentro, por ejemplo, a la Sanseverina perfectamente descrita. Es seductora. Y me gusta también mucho la abadesa de Castro, esa mujer que se enamora de un ladrón. Es un poco Julien Sorel y Lucien Leuwen juntos y tiene además todo un sentido del mundo.

—Teniendo en cuenta que uno de los dos, usted o Simone de Beauvoir, morirá seguramente antes que el otro, ¿quién preferiría que fuese el primero: ella o usted mismo?

J.-P. S.—No lo sé. Sé que sin mi presencia ella sería infeliz. Y yo también sin la suya. No lo sé. ■ C. CH. (Copyright "Le Nouvel Observateur").